

EL CASO DE LAS TANGAS DE LA ABUELA¹

Después del importante caso de la infancia robada gané una popularidad increíble. Todos parecían necesitar mis servicios de detective privado y el tiempo ya no me alcanzaba para cumplir con todos los casos. Por eso tuve que ser más selecto.

Era mi día libre —bueno, todos necesitamos de un tiempo libre así tengamos muchos compromisos—, cuando recibí una llamada a mi número privado.

— ¿Trena? Soy Sebastián Guzmán. Necesito de tus servicios.

Muchas veces había escuchado hablar del señor Guzmán, un científico muy importante, pertenecía al gremio de los intelectuales más galardonados de la ciudad, definitivamente sería un muy buen caso.

—Señor Guzmán, cuénteme.

—No puedo hacerlo por teléfono, por favor diríjase a mi laboratorio, la dirección es...

—Sé cuál es, voy ahora mismo.

Me presenté pasada una hora con el periódico del día y luego de haber tomado un zumo de zanahoria. Estaba listo para una investigación a la

altura de la ciencia. Cuando llegué, una linda secretaria me saludó entre nerviosa y coqueta.

—Disculpe, tengo cita con el señor G...

—Claro, lo está esperando, siga.

Entré a su oficina. Hablaba por teléfono, me hizo una seña para que lo esperara y siguió hablando: “Sí lo sé, sí abue... claro, lo entiendo... estoy en eso, no te preocupes. Te llamo luego”.

— ¡Señor Trena! Es bueno verlo tan pronto. ¿Quiere tomar algo?

Justo le iba a decir que no, cuando siguió hablando, parecía alterado.

— Mire detective, a ambos nos apremia el tiempo, el caso por el cual lo llamé es que alguien ha robado las tangas de mi abuela.

Cuando el terminó de decir esa frase, sí esa “las tangas de mi abuela”, pensé que tal vez, Guzmán había perdido la cordura, bueno, todos sabemos que los científicos suelen estar un poco... locos, pero, ¡qué barbaridad! Me había llamado en mi día libre para esa... cómo decirlo ¿locura?

Lo miré a los ojos. Respiré profundamente y finalmente comenté en un tono irónico:

¹ La idea de esta historia es de Sebastián Guzmán (2015) del colegio Liceo Rey David de Bosa, un estudiante de tercer grado. Fue inspirado en el libro El caso de la infancia robada de Joan de Déu Prats. La redacción estuvo a cargo de Nathalia Roa Garcés.

— ¿Su abuela usa tangas? Pues, suerte con eso —Me levanté, a decir verdad muy indignado.

— Usted no entiende, es comprensible, déjeme contarle una historia. Ya está acá, solo deme unos minutos más y usted decidirá tomar o no el caso.

El hombre hizo una pausa y como vio que me quedé sentado, más por una resignada curiosidad que por algún interés en tomar el caso, continuó:

— Mi abuela fue una de las más importantes bailarinas de *burlesque*, comprenderá que estos sitios, importantes hace unas décadas, reunían a las más hermosas mujeres y daban extravagantes espectáculos de admirar. Ella llegó a ser tan popular que ganó un galardón, el premio: unas tangas de oro. Para ella el valor de este objeto es más sentimental que económico. Me ha pedido que investigue el caso, pero usted sabe que esa clase de investigación no es mi campo, sé que usted puede hacerlo, no solo se lo recompensaré económicamente con una alta cifra, sino que se lo agradeceré demasiado, mi abuela es una mujer nostálgica y los recuerdos de aquella época son lo único que le queda.

— ¿Sospecha de alguien? —le interrogué.

—No —me respondió con emoción, supo que mi pregunta significaba que tomaría el caso.

—Bien, me pondré a trabajar inmediatamente— Le di la mano y me marché.

Cuando subí a mi vieja cafetera me dirigí a la casa de la abuela de Guzmán. Debía empezar por donde todo comenzó.

Al llegar, una anciana que destellaba una belleza marchita me abrió la puerta con desconfianza:

— Buenas tardes señora, soy el detective Trena, verá, su nieto...

— Sí, siga, siga, el me habló de usted, pase por favor, entenderá que estoy muy asustada.

—Solo deseo hacerle algunas preguntas.

— Supongo que quiere saber cuándo, cómo y dónde. Bueno, pues, tenía mis tangas justo aquí — me indicó una repisa de la sala, mientras yo contenía una inevitable risa nasal— hasta ayer. Esta mañana me despertó muy temprano un viento muy helado y noté que la ventana de la sala estaba abierta y que además ya no estaban mis...

— Entiendo —interrumpí evitando escuchar de nuevo la frase—, ¿sospecha de alguien?

— En aquellos años en que gané ese galardón tenía muchas rivales. Mujeres de todo el país competíamos en busca de ese premio. Era muy importante. En especial, había una mujer, su nombre artístico era Eda, ambas éramos muy talentosas y... bonitas —dijo con recelo—. Ella, sin embargo, era muy competitiva, siempre buscaba la forma de hacerme daño. Si de alguien sospecho es de ella, siempre quiso ese premio.

— ¿Eda, la directora del instituto de baile?

— Esa misma, no imaginé que lo conociera.

— Ha sido un placer conocerla, apenas sepa algo me comunicaré con usted. Cúidese y cierre muy bien esas ventanas. —Le dije poniéndome de pie y estrechándole la mano.

Al salir, la tarde ya se había oscurecido, por lo que decidí ir a mi casa a descansar y, sobre todo, a pensar muy bien el caso. Visitaría a Eda al otro día.

Me había levantado muy temprano y esperaba en mi cafetera afuera de la academia de baile. Un Porsche modelo 78 estacionó frente a mí, de él se bajó una elegante anciana, y supe, por el parecido en algunos ademanes a la abuela de Guzmán, que era Eda.

Esperé unos minutos y entré. Adentro unas niñas practicaban una coreografía para la canción de Billie Holiday *All or nothing at all* un clásico del jazz que me detuvo y distrajo por un momento. Solicité verme con Eda y tras unas complicaciones obvias conseguí que me atendiera.

Su oficina era un álbum de fotos en tamaño gigante, todas de ella en sus años dorados. Las observé mientras ella parecía ocupada escribiendo algunos documentos.

— Soy el detective Trena, vengo por un asunto de una vieja amiga suya.

Me miró con desconcierto.

— Vera —continué— ¿recuerda que hace unos años se otorgó un premio llamado “las tangas”? y que fue dado a...

—Recuerdo perfectamente a quien fue dado, una muy mala decisión de los jueces. Si se refiere a un asunto de esa “ganadora”, debo aclararle que no es amiga mía.

Hablaba molesta y con petulancia, sería difícil creer que no tuviera nada que ver. Sin embargo, había algo que me hacía pensar que no sabía nada.

—Bueno, pues hace dos días le robaron el premio y estoy investigando el caso.

—Déjeme adivinar: cree que soy yo, porque ella le dijo que yo la envidiaba. ¡Vaya investigador es usted!

Ella tenía razón, aunque me molestaba aceptarlo, era demasiado absurdo. Salí, luego de despedirme y observar de nuevo a las niñas que bailaban.

Necesitaba ordenar mis ideas, así que entré a un bar y pedí un zumo de zanahoria. Estuve estrujándome el cerebro hasta que me di cuenta de que me había equivocado completamente.

El ladrón no podría ser una anciana, pues se le hubiera dificultado entrar por la ventana. Además, olvidé detenerme en un detalle importante: el premio era de oro, así que la única que le daría un valor sentimental era la abuela de Guzmán.

Estuve pensando hasta que tuve una gran idea.

Salí rápidamente del bar, ya era más de las cinco, y me dirigí de nuevo a laboratorio de Guzmán.

— ¿Tiene alguna noticia? —Me preguntó.

— No, pero la investigación va por buen camino.

— ¿Qué lo trae por acá?

— Espero encontrar algunas pistas. Me quedaré un poco, espero que no le moleste.

— Para nada. Yo ya salgo, pero mi secretaria se queda hasta las cinco y media, así que ella podrá ayudarle si necesita algo.

— Le agradezco.

Merodee un rato por la oficina. Tenía muchos libros de ciencia y algo de comics, así que leí algunas páginas hasta las cinco y media. Salí de la oficina y la secretaria ya se estaba arreglando para irse.

— ¿Si gusta la puedo acercar a la casa? —Le dije

— No se moleste, yo vivo cerca.

— Permítame hacerlo.

Aceptó. En la cafetera le pregunté qué tal le iba en su trabajo.

—Bien, el señor Guzmán es muy agradable.

— Qué bien. ¿Está enterada de lo sucedido?

— Sí es una lástima, su abuela es una buena persona.

— Sí. Es una lástima además porque ese galardón significaba para ella algo muy valioso. Verá, usted es joven y le puede ser difícil entender lo

importante que es un recuerdo para un anciano. Se llega a cierta edad y los amigos y los familiares, por un ciclo normal de la vida, se marchan. Al quedarse solo la única compañía que se tiene es la de los recuerdos, y esos premios, como las fotos, traen a la mente no sólo las imágenes sino los olores y sensaciones de una época de antaño, tiempos que regresan momentáneamente. En pocas palabras, esas tangas eran un recuerdo feliz, ahora solo hay un gran vacío de soledad ¿Entiende?

—Claro —Me dijo con tono de tristeza.

—Bueno, ¿es aquí donde vive?

—Oh! Sí. Gracias por traerme. Espero encuentre al responsable.

Al bajarse del auto, me dirigí a la casa de la abuela de Guzmán y esperé con paciencia afuera. Llovía violentamente y estaba muy oscuro, pero pude distinguir una sombra, una persona pequeñita que corría graciosamente hacía la casa de la abuela, cuando se acercó a la ventana la abrió con maña y fue justo en ese momento en que la sorprendí.

— Sabía que vendría— Le dije.

Pegó un grito de susto, e intentó correr pero la detuve, entonces se descubrió la cara. Era la secretaria de Guzmán tal y como lo sospeché. Muchas pistas me llevaron a ella: su reacción al verme llegar por primera vez al laboratorio, la sutileza de robarse solo un objeto y por supuesto el tamaño de su cuerpo, apenas para entrar por aquella ventana.

— Por favor no le diga a mi jefe, vine a devolverlo —me dijo, mostrándome las valiosas tangas de la abuela.

—Sígame —Le dije. La llevé en mi cafetera a su casa de nuevo. No dijimos nada en el carro. Al llegar le dije: entiendo que su necesidad económica la llevó a esto, pero el hecho de que usted no hubiera vendido el objeto me hace pensar que no estaba aún decidida a hacerlo. Por qué no le confiesa usted misma los hechos a Guzmán, estoy seguro que él podrá entender su error. No le aseguro que usted continúe con su trabajo, pero si le aseguro una conciencia tranquila, lo cual vale más que cualquier tanga.

Se marchó sin decir una sola palabra. Al otro día me llamó el científico y me dijo que no siguiera con la investigación pues todo se había resuelto.

Caminé con las manos en los bolsillos de la gabardina. Y pensé que ojalá todos los casos se pudieran resolver tan pacíficamente...

Roa, Nathalia et al. "El caso de las tangas de la abuela" Bogotá, 2015. Internet.
<www.nathaliaroagarces.com>